

casarse con la hija del Duque de Milán, según promesa de éste.

Combatían, pues, en el ánimo de los florentinos dos encontradas pasiones; el deseo de apoderarse de Luca, y el temor de la guerra con el Duque de Milán. Venció, como siempre sucede, el temor, y se contentaron con que, tomado Uzano, fuera el Conde á Lombardia.

Quedaba aún otra dificultad que, por no estar en manos de los florentinos resolverla, les produjo mayor embarazo y les hizo dudar más que la primera; porque el conde Sforza no quería pasar el Po, y los venecianos no le aceptaban sin la obligación de pasarlo. No encontrando medio de que francamente cedieran en esta pretensión ó los venecianos ó el Conde, persuadieron á éste para que escribiera una carta á la Señoría de Florencia obligándose á pasar el Po, demostrándole que esta promesa privada no rompía el pacto público, y que encontraría después medio para no atravesar el río. Juzgaban que, empeñada la guerra, los venecianos se verían en la precisión de continuarla y que esta diversión les libraría del peligro que les amenazaba.

Á los venecianos les demostraron que la carta privada bastaba para obligar á Sforza, y, por tanto, debían contentarse con ella, siendo conveniente facilitar al Conde el mantenimiento de las consideraciones que debía á su futuro suegro, é inútil para todos publicar este compromiso, sino en caso de extrema necesidad.

Así quedó convenido el paso á Lombardia del conde Sforza, quien, tomado Uzano, hechos algunos atrinchamientos alrededor de Luca para tener sitiados á los luqueses, y encargada la continuación del asedio á los Comisarios, pasó los Alpes y fué á Regio, donde

los venecianos, sospechosos de sus gestiones, y queriendo, ante todo, asegurarse de sus propósitos, le pidieron que pasara el Po y se uniese á su ejército. Negóse terminantemente el Conde, mediando entre él y Andres Mauroceno, enviado por los venecianos, frases injuriosas, pues se acusaron respectivamente de falta de fidelidad y protestaron terminantemente, el Conde de no estar obligado al servicio, y Mauroceno al pago, volviendo aquél á Toscana y éste á Venecia.

Alojaron los florentinos al Conde en el territorio de Pisa, esperando inducirle á renovar la guerra contra los luqueses; pero no le encontraron dispuesto, porque el Duque de Milán, al saber que por consideraciones á él no había querido pasar el Po, pensó salvar por su mediación á los luqueses, y le rogó que hiciera un convenio entre éstos y los florentinos, incluyendo también á él, si era posible, en el tratado, y dándole esperanza de casarle con su hija en la época que Sforza determinara.

Este casamiento seducía mucho al Conde, porque esperaba, mediante de él, y por no tener el Duque hijos varones, enseñorearse de Milán; por ello estorbaba de continuo á los florentinos la continuación de la guerra, y aseguraba que no se movería, si los venecianos no le cumplían antes los compromisos contraídos y le pagaban el sueldo debido, no bastándole este pago, porque queriendo estar seguro de sus Estados, conveniale tener otro apoyo además del de los florentinos. Por tanto, si los venecianos le abandonaban, necesitaría pensar en sus intereses, amenazando así diestramente tratar con el Duque de Milán.

XIV. Estos altercados y estas intrigas desagradaban profundamente á los florentinos, porque veían perdida



la empresa de Luca y dudaban de su seguridad si alguna vez se unían el Duque de Milán y Sforza.

Para inducir á los venecianos á que tuvieran á sueldo al Conde, fué Cosme de Médicis á Venecia (1438), esperando conseguirlo con su influencia. Discutió este asunto extensamente en el Senado, mostró la situación en que Italia se encontraba, las fuerzas de que disponía el Duque de Milán y la reputación é importancia de sus tropas y dedujo que, si el Duque se unía al conde Sforza, quedaría reducida Venecia á la posesión de las lagunas, y los florentinos tendrían que combatir por su libertad.

Respondiéronle los venecianos que conocían sus fuerzas y las de los italianos, y creían poderse defender en todo caso, asegurando que no era costumbre pagar soldados que servían á otros; por tanto, que Florencia pagara á Sforza, puesto que á Florencia servía; que á ellos les era más necesario, para disponer con seguridad de sus Estados, rebajar la soberbia del Conde y no pagarle; porque los hombres no ponen límites á su ambición y, si ahora le pagaran, sin servirles, pediría poco después cosa más indigna y peligrosa. Por tanto, juzgaban necesario poner alguna vez freno á su insolencia y no dejarla crecer tanto que llegase á ser incorregible; que si por temor ú otras razones querían los florentinos tenerle por amigo, le pagaran ellos.

Volvió Cosme de Médicis á Florencia sin conseguir lo que deseaba.

Los florentinos, sin embargo, hacían esfuerzos para que el Conde continuara en la Liga, de la cual sentía apartarse Sforza; pero el deseo de emparentar con el Duque de Milán le tenía dudoso, dependiendo su re-

solución de cualquier pequeño accidente, y así sucedió.

Había dejado el Conde la guarda de sus posesiones de la Marca á Furlano, uno de sus mejores capitanes, quien, cediendo á reiteradas instigaciones del Duque de Milán, renunció el sueldo de Sforza y se unió á aquél. Esto fué causa de que el Conde, prescindiera de toda consideración y, por seguridad propia, se pusiese de acuerdo con el Duque, conviniendo, entre otras condiciones, que no se mezclara para nada en los asuntos de la Romaña y de Toscana.

Hecho este tratado, persuadía Sforza con insistencia á los florentinos para que se entendieran con los luqueses, y de tal suerte les indujo á ello que, por no tener otro remedio, hicieron la paz en Abril de 1438, quedando los luqueses en libertad y en poder de aquéllos Monte Carlo y algunas otras pequeñas plazas. Después llenaron Italia con cartas llenas de amargas declaraciones, diciendo que puesto que Dios y los hombres no habían querido que los luqueses cayeran bajo su dominio, hacían la paz con ellos. Rara vez ocurre que aflija á alguno la pérdida de cosas propias tanto como afligió á los florentinos no apoderarse de las ajenas.

XV. Aunque por entonces estaban los florentinos ocupados en tantas empresas, no dejaron de pensar en los intereses de sus vecinos y en el embellecimiento de su propia ciudad. Había muerto, según hemos dicho, Nicolás Fortebraccio, casado con una hija del conde Poppi. Poseía éste, á la muerte de Nicolás, el Borgo San Sepolcro y las fortalezas de aquella comarca, que gobernaba en vida de Fortebraccio, á nombre de su yerno. Al morir éste, sostenía el Conde su derecho á poseer aquella comarca por la dote de su hija, no querién-



dola ceder al Papa, que la pedía por haber sido usurpada á la Iglesia y que mandó al patriarca Vitelleschi con tropas para ocuparla. Al ver el Conde que no podía resistir la ocupación, ofreció la comarca á los florentinos, y éstos no la quisieron; pero al volver el Papa á Florencia, intervinieron para poner de acuerdo con él al Conde y, por dificultades para el convenio, el Patriarca atacó á Casentino y tomó á Prato Vecchio y á Romena, ofreciéndolas también á los florentinos, que tampoco entonces las aceptaron si el Papa no convenía previamente en que se las devolvieran al Conde, lo cual, después de muchas negociaciones, consintió el Pontífice, pero á condición de que los florentinos negociaran con el conde Poppi la restitución del Borgo de San Sepolero.

Satisfecho el Papa por el resultado de esta negociación, pareció á los florentinos ocasión propicia para que consagrara personalmente la catedral de Florencia, llamada de Santa Reparata, cuya edificación se había empezado mucho tiempo antes, y que, terminada ya, estaba en disposición para celebrar los oficios divinos. El Papa consintió de buen grado, y para mayor magnificencia de la ciudad y del templo y mayor honor del Pontífice se construyó desde Santa María Novella, donde habitaba el Papa, hasta el templo que iba á consagrar un tablado de cuatro brazas de ancho (1) y de dos de altura (2), cubierto por encima y los costados de riquísimos paños, sobre los cuales pasaron sólo el Papa y su corte, con aquellos magistrados de la ciudad ó ciudadanos designados para acompañarle. Los demás ciudadanos y el pueblo acudie-

(1) Dos metros 376 milímetros.

(2) Un metro 183 milímetros.

ron á las calles, las casas y al templo para contemplar tan brillante espectáculo.

Hechas todas las ceremonias que en tales consagraciones se practican, el Papa, como prueba de su afecto á Florencia, hizo caballero á Julián Davanzati, que era entonces Confaloniero de justicia, y en todo tiempo ciudadano de la mejor reputación, y al cual la Señoría, por no parecer menos que el Papa en su estimación á Davanzati, le concedió el gobierno de Pisa por un año.

XVI. Existían en aquel tiempo (1439) entre la Iglesia latina y la griega varias discordias, no conviniendo en algunos ritos del divino culto; y habiendo hablado bastante de este asunto los prelados de la Iglesia occidental en el último Concilio celebrado en Basilea, se acordó emplear la mayor diligencia para que el Emperador y los prelados griegos acudieran al citado Concilio á fin de procurar su reconciliación con la Iglesia romana.

Aunque esta determinación ofendía la majestad del Imperio griego, y desagradaba á la soberbia de los prelados de Oriente obedecer al Romano Pontífice, sin embargo, oprimidos por los turcos y juzgándose sin fuerzas para resistirles por sí solos, resolvieron ceder, para poder más seguramente demandar auxilio; y el Emperador, con el Patriarca y los prelados y barones griegos, llegaron á Venecia para ir á Basilea; pero, asustados por la peste, determinaron arreglar las dificultades en Florencia. Reunidos, pues, durante muchos días en la iglesia catedral los prelados griegos y romanos, después de larga discusión, cedieron los griegos, poniéndose de acuerdo con la Iglesia y el Pontífice romano.

XVII. Hecha la paz entre luqueses y florentinos, y entre el Duque de Milán y el conde Sforza, creían todos



terminadas las guerras en Italia, principalmente las que devastaban la Lombardia y Toscana; porque la que en el reino de Nápoles mantenían Renato de Anjou y Alfonso de Aragón, era común opinión que sólo había de acabar con la ruina de uno de ellos. Y aunque el Papa estaba descontento por haber perdido muchas de sus posesiones y aunque fuera conocida la ambición del Duque de Milán y de los venecianos, creíase, sin embargo, que el Pontífice por necesidad y los otros por falta de recursos permanecerían tranquilos.

No sucedieron así las cosas, porque ni el Duque de Milán ni los venecianos estuvieron quietos y, por tanto, empuñadas de nuevo las armas, estalló otra vez la guerra en Lombardia y Toscana.

No podía sufrir la altivez del Duque que los venecianos poseyeran Bérghamo y Brescia, sobre todo viéndoles mantener sus fuerzas en pie de guerra y diariamente invadir y recorrer con partidas su territorio. Proyectaba, no sólo tenerles á raya, sino reconquistar lo perdido, si les abandonaban alguna vez el Papa, los florentinos y Sforza. Resolvió, pues, quitar al Pontífice la Romaña, creyendo que, cuando la poseyera, no podría el Papa ofenderle, y los florentinos, viendo cerca el fuego, ó por miedo no se moverían, ó, de moverse, no podrían fácilmente atacarle.

Conocía también el Duque la indignación de los florentinos contra los venecianos por el negocio de Luca, juzgando que no estarían muy dispuestos á tomar las armas en su favor. En cuanto al conde Sforza, creía que su reciente amistad con él y la esperanza de darle la mano de su hija, bastaban para tenerle quieto.

A fin de librarse de censuras y quitar á los demás pre-

textos de acudir á las armas, sobre todo no pudiendo, por el convenio hecho con Sforza, atacar la Romaña, ordenó que Nicolás Piccinino, como si lo hiciera por ambición propia, invadiera esta comarca.

Cuando el convenio entre el duque Visconti y Sforza, encontrábase Nicolás en la Romaña y, de acuerdo con el Duque, fingió estar indignado por lo convenido con Sforza, su perpetuo enemigo, situándose con sus tropas en Camurata, lugar entre Forli y Ravena, donde se atrincheró, como si por largo tiempo y hasta que aceptara proposiciones de otro príncipe ó gobierno, quisiera permanecer allí.

Extendida por todas partes la noticia, Nicolás Piccinino hizo saber al Pontífice los servicios que al Duque había prestado y la ingratitud de éste, que procuraba tener á sus órdenes los dos mejores generales y casi todo el ejército de Italia para dominarla, pero que, si Su Santidad quería, de los dos generales que el Duque creía tener, sería el uno enemigo suyo y el otro inútil, porque proveyéndole de dinero y manteniéndole al frente del ejército, invadiría los Estados que Sforza había usurpado á la Iglesia. Necesitado el Conde de ocuparse en defenderlos, no podría atender á lo que le exigiera la ambición de Felipe Visconti.

Creó el Papa estos ofrecimientos por parecerle razonables, y envió cinco mil ducados á Piccinino, haciéndole muchas promesas y ofreciendo Estados á él y á sus hijos; y aunque muchos advirtieron al Papa del engaño, ni lo creía, ni quería oír á ninguno que dijera tal cosa.

Gobernaba la ciudad de Ravena, á nombre de la Iglesia, Ostasio de Polenta y, pareciendo á Nicolás Piccinino que no debía diferir más su empresa, porque su hijo



Francisco, con ofensa al Papa, había saqueado á Spoleto, determinó atacar á Ravena, ó por juzgar la empresa fácil, ó por estar secretamente de acuerdo con Ostasio. A los pocos días de sitiada la tomó por capitulación. Después de esta conquista ocupó á Bolonia, Imola y Forli, y fué lo más maravilloso que las veinte fortalezas que guarnecían las tropas del Pontífice en estos Estados cayeron en poder de Piccinino.

No bastó á Nicolás ofender al Papa con esta conquista, después de engañarle, porque le injurió además por escrito, diciéndole que merecía la ocupación hecha de su territorio, por no haberse avergonzado de querer destruir la antigua amistad que con el Duque tenía y por llenar Italia de cartas en que se decía que había abandonado al Duque, tomando el partido de los venecianos.

XVIII. Ocupada la Romaña, dejó Piccinino en su guarda á su hijo Francisco, y con la mayor parte del ejército fué á Lombardia. Unido allí á las demás tropas del Duque, invadió el condado de Brescia, ocupándole en poco tiempo. Después sitió esta ciudad.

El Duque, que deseaba le dejasen guerrear sólo con los venecianos, excusábase con el Papa, con los florentinos y con el conde Sforza, asegurando que lo hecho por Piccinino en Romaña, lo había realizado contra los convenios y contra su voluntad y, por medio de emisarios secretos añadía que, cuando la ocasión fuera propicia, castigaría esta desobediencia. Ni los florentinos ni Sforza creían tal cosa, sino, al contrario, que el objeto de las operaciones del ejército consistía, como era verdad, en tenerles á raya hasta que dominara á los venecianos, quienes, llenos de soberbia y creyendo poder por sí solos resistir el ejército del Duque, no se dignaban pedir au-

xilio á nadie, confiando la guerra á su general Gattamelata.

Deseaba el conde Sforza ir, con auxilio de los florentinos, en favor de Renato de Anjou á Nápoles; pero los sucesos de Lombardia y Romaña le detuvieron. De buen grado los florentinos le hubieran ayudado, por la antigua y constante amistad de Florencia con la casa de Francia, y también el Duque de Milán favoreciera á Alfonso de Aragón, por la amistad que con él contrajo cuando fué su prisionero; pero aquéllos y éste, ocupados con la guerra inmediata, renunciaron á empresa más lejana.

Al ver los florentinos dominada la Romaña por las tropas del Duque de Milán y á su ejército batir á los venecianos, como quien de la ruina ajena teme la propia, rogaron al conde Sforza que viniera á Toscana, donde se determinaría lo que debía hacerse para contrarrestar las tropas del Duque, que eran en mayor número de lo que lo habían sido nunca, asegurando que, si de cualquier modo no se refrenaba su osadía, tendrían que sentirlo en breve tiempo cuantos poseyeran Estados en Italia.

Comprendía el Conde que el temor de los florentinos era fundado; pero deteníale el deseado casamiento con la hija del Duque. Éste, que lo sabía, dábale grandísimas esperanzas con tal de que no tomara las armas contra él y, estando ya su hija en edad de casarse, varias veces llevó la cosa á términos de hacerse los preparativos para la boda, provocando en seguida alguna dificultad para suspenderla. Por último, á fin de mantener la credulidad del Conde, unió á las promesas las obras, y le mandó 30.000 florines que, según las capitulaciones matrimoniales, debía entregarle.



XIX. La guerra aumentaba en Lombardía, y los venecianos perdían diariamente nuevas poblaciones, viniendo el ejército ducal los que habían puesto en campaña sus contrarios. Las comarcas de Verona y Brescia estaban invadidas y tan estrechamente asediadas estas dos plazas, que, según opinión general, resistirían ya poco tiempo.

El marqués de Mantua, que durante muchos años había sido general á sueldo de la República veneciana, contra la general creencia, la había abandonado, para entrar á sueldo de Felipe Visconti.

Tantos desastres obligaron á los venecianos á hacer, por temor, lo que al principio de la guerra no habían querido intentar por orgullo, y conociendo que el único remedio era la alianza con los florentinos y Sforza, empezaron á pedirla, bien que con vergüenza y sin confianza en adquirirla, porque temían que los florentinos les dieran contestación igual á la que ellos les habían dado cuando la empresa contra Luca y los asuntos del conde Sforza. Pero encontráronles más propicios de lo que esperaban y de lo que, por su anterior conducta, merecían. ¡Tanto más podía en los florentinos el odio al antiguo enemigo que el resentimiento por haber faltado á la vieja y constante amistad!

Conociendo desde hacía tiempo la necesidad que tendrían los venecianos del auxilio, habían demostrado á Sforza que la ruina de aquéllos sería su propia ruina, y que se engañaba al creer que el duque Felipe lo estimase igualmente en la fortuna que en la desgracia, pues si le había prometido la mano de su hija, era por el miedo que le inspiraba. Y como lo que por necesidad se promete sólo por necesidad se cumple, era preciso que man-

tuviera al Duque en aquella precisión, lo cual, sin el engrandecimiento de los venecianos, era imposible. Por tanto, debía pensar que, si éstos se veían obligados á abandonar sus posesiones de tierra firme, le faltarían, no sólo las ventajas que de ellos podía obtener, sino también las que esperase de los otros Estados, temerosos por las desdichas de Venecia. Añadían que, si examinaba bien los Estados de Italia, vería ser pobres unos, y otros enemigos suyos, y que los florentinos solos no eran, según él mismo había dicho repetidas veces, suficientes para defenderle, por cuyas consideraciones precisaba ayudar á los venecianos en la defensa de sus Estados de tierra firme.

Estas razones, unidas al odio que inspiraba ya el Duque á Sforza, por creer que se burlaba de él en lo del casamiento, le hicieron aceptar el convenio; pero no quiso obligarse á pasar el río Po. Este convenio se firmó en Febrero de 1438, comprometiéndose los venecianos á pagar las dos terceras partes de los gastos, y la otra tercera los florentinos, y unos y otros obligados á defender á su costa los Estados que el Conde poseía en la Marca.

No satisfecha la liga con esta adquisición, tomó también á sueldo al señor de Faenza, á los hijos de Pandolfo Malatesta, de Rímíni y á Pedro Juan Pablo Orsino; y aunque procuraron atraerse con grandes promesas al marqués de Mantua, no pudieron apartarle de la amistad y el sueldo del Duque. El señor de Faenza, después de comprometido con la Liga, se fué con el Duque, que le ofrecía mejores condiciones, lo cual quitó á aquella la esperanza de terminar pronto los negocios de la Romagna.

XX. La situación de las cosas en Lombardía era por



entonces muy crítica. El ejército del Duque de Milán sitiaba á Brescia de tal modo, que se temía la rendición de la plaza por hambre, y lo mismo sucedía y se esperaba de Verona. Si esto ocurría con alguna de las dos ciudades, juzgábanse inútiles los demás aprestos de guerra y perdidos todos los gastos hechos. No veíase, pues, otro remedio sino el de que pasara Sforza con su ejército á Lombardia.

Para esto había tres dificultades: una, la de decidir á Sforza á pasar el Po y hacer la guerra donde fuera preciso; otra, que á los florentinos parecía quedar á merced del Duque de Milán si les faltaba el conde Sforza, porque fácilmente podían retirarse las tropas del Duque á puntos fortificados, destinando parte de ellas á tener á raya á Sforza, y otra parte enviarla á Toscana con los desterrados florentinos, lo cual inspiraba gran terror al actual gobierno de Florencia. La tercera era la elección de camino que debiera elegir el Conde para llegar con seguridad al territorio de Padua, donde estaba el ejército veneciano.

De estos tres inconvenientes, el segundo, que correspondía exclusivamente á los florentinos, era el más difícil de vencer; sin embargo, conociendo éstos la necesidad de la partida del conde Sforza y el apuro de los venecianos, que con gran instancia pedían al Conde, amenazando con rendirse si no iba, prefirieron á sus propios temores auxiliar á sus aliados en aquella angustiosa situación. Quedaba la dificultad del camino, y se convino que los venecianos aseguraran el paso.

Encargado Neri Capponi de tratar con el conde Sforza este convenio y de inducirle á pasar á Lombardia, pareció á la Señoría conveniente que fuera á Venecia,

á fin de hacer más agradable á los venecianos este servicio y determinar los medios para el paso seguro del ejército de Sforza.

XXI. Partió Neri Capponi de Cesena y, en una barca, llegó á Venecia, recibíendole el gobierno veneciano con más honras de las que había tributado á príncipe alguno; porque de su llegada y de lo que, por su medio, se había de decidir y ordenar hacían depender su salvación.

Introducido Neri ante el Senado, habló en estos términos:

«Mis señores, Serenísimo Príncipe, opinaron siempre que el engrandecimiento del Duque de Milán sería la ruina de Venecia y de Florencia, y que la seguridad de ambas Repúblicas dependería de su mutua grandeza. Si vuestro gobierno hubiese creído lo mismo, estaríamos en mejores condiciones, y Venecia libre de los peligros que la amenazan. Pero en la época en que era deber vuestro prestarnos auxilio y confianza, no lo cumplisteis; tampoco nosotros hemos acudido presurosos al remedio de vuestro daño, ni vosotros á pedirlo, desconociendo, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, nuestras cualidades, y sin saber que lo que una vez amamos ú odiamos, lo amamos ú odiamos siempre.

»El afecto que teníamos á vuestra Serenísima Señoría, bien lo sabéis, pues repetidas veces habéis visto llena Lombardia de nuestras tropas y nuestro dinero por socorros. El odio que tenemos á Felipe Visconti y que tendremos siempre á su casa, lo sabe todo el mundo. No es posible que un afecto y un odio tan antiguos, por nuevos méritos ó nuevas ofensas cambie fácilmente.

»Seguros estábamos y estamos de que nuestra neutralidad en esta guerra nos libraba de todo temor y sería



agradabilísima al Duque, pues aunque llegara á ser, por vuestra ruina, señor de toda la Lombardía, nos quedan en Italia recursos bastantes para no desesperar de nuestra salvación. Aumentando su poder y sus Estados, hubieran crecido también la enemistad y envidia que le tienen, ocasionándole guerras y ruinas. Sabíamos los gastos que nos ahorrábamos evitando esta guerra que ahora se hace en Lombardía, y que, al intervenir nosotros en ella, puede extenderse á Toscana; pero todas estas consideraciones han cedido ante el antiguo afecto que tenemos á Venecia, determinando acudir en vuestro auxilio con la misma presteza que acudiríamos á nuestra defensa, si fuéramos atacados.

»Por esto mis Señores, creyendo que lo más apremiante es socorrer á Verona y Brescia, y juzgando que, sin el conde Sforza, no se puede hacer esto, me enviaron primero á persuadirle para que pasara á Lombardía, haciendo la guerra donde fuera necesario (sabéis que no estaba obligado á pasar el Po), y le convencí con las mismas razones que á nosotros nos convencieron. El Conde, que parece ser invencible en la guerra, no quiere ser vencido en cortesía, y desea superar la liberalidad que con vosotros empleamos, porque sabe el peligro en que queda Toscana al salir de ella; de suerte que al ver que posponemos nuestra seguridad á vuestros peligros, él prescinde en vuestro provecho de sus propios intereses.

»Vengo, pues, á ofreceros al Conde con 7.000 caballos y 2.000 infantes, dispuesto á buscar al enemigo donde se encuentre. Os ruego, y también os ruegan mis Señores que, siendo el número de sus soldados mayor del que está obligado á presentar, le recompenséis liberal-

mente, para que ni él se arrepienta de haber entrado á vuestro servicio, ni nosotros de determinarle á hacerlo.»

El Senado oyó á Neri como se oye á un oráculo, y sus palabras entusiasmaron tanto al auditorio, que, sin esperar, según costumbre, la contestación del Dux, pusieron todos en pie, y alzando los brazos y llorando muchos de ellos, daban gracias á los florentinos por aquella prueba de afecto, y á Neri por su celo y actividad; prometiendo que en ningún tiempo, ni ellos ni sus descendientes, olvidarían tan gran beneficio y considerando á los florentinos compatriotas suyos.

XXII. Cuando se calmaron los ánimos, discutióse acerca del camino que debería seguir Sforza, á fin de proveerle de puentes, de zapadores y de lo que además pudiera necesitar. Había cuatro caminos para escoger: uno desde Ravena á lo largo de la costa, que, pasando largo trecho entre el mar y los pantanos, fué desechado; otro era la vía recta, dominada por un castillo, llamado Uccellino, que guarnecían las tropas del Duque, y que era preciso tomar previamente, cosa difícil de conseguir en tiempo tan breve, que no impidiera la rapidez necesaria para el socorro de las plazas sitiadas. El tercero iba por la selva del Lago; pero el Po había desbordado, y el pasarle por allí no era difícil, sino imposible. Quedaba el cuarto camino, por territorio de Bolonia, pasando por el puente Puledrano, Cento y la Pieve, para llegar por entre el Finale y el Bondeno á Ferrara, desde donde, por tierra ó por agua, podría llegar el ejército al territorio de Padua, uniéndose allí con las tropas venecianas. Este camino, en el cual no faltaban dificultades, y que en algunas partes podía estorbar el enemigo, fué elegido como el menos peligroso. Tan pronto como se notificó



á Sforza la elección, partió con grandísima rapidez, llegando al Paduano el 30 de Junio.

La llegada del Conde á Lombardía hizo concebir en Venecia y en todos los Estados de esta República las esperanzas más lisonjeras, y los venecianos, que poco antes desesperaban de su salvación, empezaron á soñar nuevas conquistas.

Lo primero que hizo el conde Sforza fué ir en socorro de Verona y, para impedirlo, acampó Piccinino con su ejército en Soave, castillo situado entre el Vicentino y el Veronés, rodeado de un foso que desde Soave se extiende hasta los pantanos del Adige.

Viendo el Conde que tenía cortado el camino de la llanura, proyectó tomar el de los montes para llegar á Verona, pensando que Piccinino ó no creería que tomaba aquel camino por lo áspero y difícil, ó que, si lo creía, no tuviera tiempo para cortárselo. Dispuestos viveres para ocho días, pasó el ejército la montaña y llegó á la llanura por bajo de Soave. Aunque Piccinino había hecho algunos atrincheramientos para cortar aquel camino, el Conde los asaltó fácilmente.

Al saber Piccinino que el enemigo había pasado, contra lo que él esperaba, por no combatirle con desventaja retiróse al otro lado del Adige, y el Conde entró sin dificultad en Verona.

XXIII. Conseguido el primer propósito de la campaña, que era librar á Verona del asedio, restaba socorrer á Brescia. Está Brescia tan próxima al lago de Garda que, aun sitiada por tierra, siempre se la podía abastecer por el lago. El Duque, para impedirlo, había ocupado con sus tropas la comarca que rodea el lago y, desde el principio de sus victorias, tomado las plazas que, me-

dante el lago, podían socorrer á Brescia. Los venecianos tenían en él algunas galeras, pero no bastaban para combatir al ejército del Duque. Determinó, por tanto, Sforza apoyar con sus tropas la flotilla, creyendo que sería fácil apoderarse de aquellos puntos que impedían abastecer á Brescia. Acampó, pues, en Bardolino, castillo situado á orillas del lago y esperaba que, tomado éste, se rendirían los demás; pero la fortuna fué enemiga del Conde en esta empresa, porque muchos de sus soldados enfermaron y tuvo que retirarse á Zevio, plaza del Veronés, situada en punto sano y bien provista.

Cuando Piccinino supo que el Conde se había retirado, para aprovechar la ocasión que se le presentaba de dominar el lago de Garda atacó al ejército veneciano con grande ímpetu y furia, cogiéndolo casi todo prisionero. Consecuencia de esta victoria fué que se le rindiera la mayoría de los castillos de la orilla del lago.

Asustados los venecianos por esta pérdida y temiendo que Brescia se entregase, excitaban á Sforza con mensajeros y con cartas para que la socorriera. Perdida la esperanza de auxiliarla por el lago, y siendo esto imposible por la llanura, por los fosos, trincheras y obstáculos que Piccinino había mandado hacer, y que, defendidos por su ejército, no se podía ir contra ellos sin exponerse á pérdida segura, determinó que el camino de los montes, empleado para salvar á Verona, le sirviera también para socorrer á Brescia.

Tomada esta resolución, partió el Conde de Zevio, y por Val d'Acri fué al lago de San Andrés, y de allí á Torboli y Peneda, junto al lago de Garda. De estos puntos se dirigió á Terma, donde acampó, porque, para llegar á Brescia, era preciso tomar este castillo.



Al saber Piccinino la determinación del Conde, condujo su ejército á Pesquiera, y después, con el marqués de Mantua y tropas escogidas, fué al encuentro del Conde y libraron batalla. Derrotado Piccinino y dispersadas sus tropas, reuniéronse unos con el ejército que estaba en Pesquiera, y se acogieron otros á la flotilla.

Piccinino se refugió en Terma y, al llegar la noche, comprendió que, si esperaba el día en aquel sitio, caería en manos del enemigo. Para librarse de este peligro seguro corrió otro dudoso. De cuantos le acompañaban en aquella expedición sólo quedó á su lado un servidor tudesco, de cuerpo fortísimo y probada fidelidad. Persuadió Nicolás á éste para que, metiéndole en un saco, lo llevara á cuevas hasta sitio seguro, como si fuera cargado con el equipaje de su amo. El campamento alrededor de Terma, por efecto de la victoria alcanzada aquel día, ni estaba ordenado ni tenía guardia, y fué fácil al tudesco salvar á su señor, pues, llevándole á cuevas y vestido como criado del ejército, cruzó el campo enemigo sin tropiezo alguno, llegando á donde estaban las tropas de Piccinino.

XXIV. Si se hubiera sacado de esta victoria tanto provecho como suerte hubo en alcanzarla, proporcionara á Brescia mayor socorro y á los venecianos mayor utilidad; pero, mal aprovechada, pronto desapareció la alegría, continuando Brescia en igual peligro.

Al volver Piccinino á su ejército, juzgó conveniente borrar con alguna nueva victoria el mal efecto de aquel descalabro, y quitar á los venecianos la posibilidad de socorrer á Brescia. Conocía bien la posición de la ciudadela de Verona, y por los prisioneros en esta guerra que habían estado en ella, supo el descuido con que se guar-

daba y la facilidad y el modo de tomarla. Juzgó, pues, que la fortuna le ofrecía el medio de restablecer su crédito, y convertir la alegría del enemigo, por la última victoria, en dolor por pérdida más reciente.

Situada Verona en Lombardia, al pie de los montes que separan Italia de Alemania, parte de la población está en el llano y parte en los cerros. Sale el río Adige del valle de Trento, y al entrar en Italia no corre inmediatamente por el llano sino, volviendo á la izquierda á lo largo de las montañas, entra en Verona dividiéndola, no por mitad, porque mayor parte queda en el llano que en los montes, en los cuales hay dos fortalezas llamadas de San Pedro y de San Félix, más fuertes por su situación que por sus muros, y que, por la altura en que están, dominan la población.

En la llanura, á este lado del Adige, junto á las murallas de la ciudad, hay otros dos fuertes que distan entre sí mil pasos, llamados las ciudadelas nueva y vieja. De la parte interior de una de ellas sale un muro que va á parar á la otra, siendo como cuerda del arco que forma la muralla de la población entre ambas fortificaciones. El espacio encerrado entre ambos muros está lleno de casas, y se llama burgo ó barrio de San Zenón.

Proyectó Piccinino apoderarse de estas ciudadelas y de este barrio, creyendo conseguirlo fácilmente, tanto por el descuido con que se guardaban, como por juzgar que la reciente victoria haría mayor este abandono, y por saber que, en la guerra, las empresas de mejor éxito son las que el enemigo estima imposibles.

Con el marqués de Mantua y soldados escogidos fué de noche á Verona y, sin que advirtiesen su llegada, escaló y tomó la ciudadela nueva, desde la cual entraron



sus tropas en la ciudad, rompieron la puerta de San Antonio y por ella penetró toda la caballería.

La guarnición de la ciudadela vieja, al oír el ruido cuando los que guardaban la nueva fueron muertos y después cuando rompieron la puerta, conociendo que eran los enemigos, empezó á gritar y á tocar alarma al pueblo, oído lo cual por los ciudadanos, en medio de la mayor confusión, los más valientes tomaron las armas y acudieron á la plaza de los Rectores.

Mientras tanto las tropas de Piccinino saqueaban el barrio de San Zenón y seguían avanzando. Los ciudadanos, conociendo que era el ejército del Duque de Milán, y no viendo manera de defenderse, aconsejaron á los Rectores venecianos que se refugiaron en la fortaleza para salvar sus personas y la ciudad, demostrándoles que era mejor conservaran ellos la vida, y la ciudad rica para mejor fortuna que, por evitar la presente catástrofe, perder ellos la vida y la ciudad sus riquezas. Los Rectores y todos los venecianos se refugiaron, pues, en el castillo de San Félix, después de lo cual algunos de los principales ciudadanos salieron al encuentro de Piccinino y del marqués de Mantua, rogándoles que prefirieran poseer, con honor suyo, una ciudad opulenta á una ciudad devastada, que sería para ellos padrón de deshonra, teniendo en cuenta que, no habiéndose defendido, ni contraían méritos con sus anteriores Señores por la defensa, ni daban motivo á los excesos de los vencedores.

Nicolás y el Marqués les tranquilizaron, y cuanto pudieron, dada la licencia militar, evitaron el saqueo.

Estando seguros de que Sforza acudiría á recobrar Verona, emplearon todos los medios que les sugirió su

ingenio para apoderarse de los fuertes y, los que no pudieron tomar los rodearon con fosos y trincheras, aislándolos de la plaza, para que el enemigo no pudiera entrar en ella.

XXV. El conde Sforza estaba con su ejército en Terma y, al oír lo ocurrido en Verona, primero no dió crédito á la noticia, pero cuando la supo de cierto, quiso remediar, con la rapidez en el socorro, su anterior negligencia. Aunque todos los jefes de su ejército le aconsejaban que, dejando la empresa de Verona y Brescia, fuera á Vicenza, para no exponerse, en la situación en que se encontraba, á ser cercado por el enemigo, rechazó el consejo y prefirió probar fortuna, intentando reconquistar á Verona; y dirigiéndose, en medio de aquellas dudas, á los proveedores venecianos y á Bernardeto de Médicis, comisario de los florentinos cerca de su persona, les prometió la reconquista con sólo que resistiera, hasta su llegada, uno de los castillos.

Dispuesto el ejército, marchó rápidamente á Verona. Al verle Piccinino creyó que, como le habían aconsejado, se dirigía á Vicenza; mas advirtiendo que las tropas volvían hacia la plaza y marchaban en dirección al castillo de San Félix, se preparó á la defensa. No era ya tiempo, porque los atrincheramientos junto al castillo no estaban hechos, y los soldados, por la avaricia de robos y rescates, se habían desorganizado, sin que fuera posible reunirlos é impedir al ejército de Sforza aproximarse á la fortaleza y por ella bajar á la ciudad, fácilmente recuperada, para vergüenza de Piccinino y daño de su gente. Piccinino y el marqués de Mantua se refugiaron primero en la ciudadela, y después fueron á Mantua. Allí reunieron los restos que se habían salvado



de su ejército, yendo á unirse con los que estaban en el asedio de Brescia.

Fué, pues, Verona en cuatro días conquistada y perdida por el ejército del Duque de Milán.

Lograda esta victoria, comenzado el invierno y siendo grande el frío, el Conde, después de proveer, con grandes dificultades, de vituallas á Brescia, estableció su cuartel en Verona é hizo construir algunas galeras en Torboli, á fin de tener dispuestas por tierra y agua, al llegar la primavera, fuerzas bastantes para librar completamente á Brescia.

XXVI (1440). Viendo el Duque de Milán detenida la guerra por la estación, y destruída su esperanza de ocupar á Verona y Brescia, siendo causa de todo el dinero y los consejos de los florentinos que, ni por injurias recibidas de los venecianos se habían enajenado de su amistad, ni por promesas que él les había hecho había podido atraerles á su causa, determinó invadir la Toscana para que probaran de cerca el fruto de la semilla que habían sembrado, induciéndole á ello Piccinino y los desterrados florentinos; Piccinino, por el deseo que tenía de apoderarse de los Estados de Braccio y de los que Sforza tenía en la Marca, y los desterrados, por volver á su patria, procurando todos, con las razones más apropiadas, excitar la ambición del Duque.

Piccinino le mostraba que podía ordenarle ir á Toscana y continuar el asedio de Brescia, puesto que dominaba el lago, y las posiciones de los sitiadores eran fuertes y estaban bien provistas; que además quedaban en Lombardia capitanes y tropas en número suficiente para oponerse á Sforza, si éste intentaba alguna otra empresa, lo que no era probable sin procurar antes salvar á

Brescia, y esto le era imposible, de suerte que podía emprenderse la guerra en Toscana, sin dejar de hacerla en Lombardia. Añadía que los florentinos, tan pronto como le vieran en Toscana, quedarían en la alternativa de pedir la vuelta de Sforza ó perderse, y de cualquiera de ambas cosas resultaba la victoria para el Duque.

Los desterrados sostenían que, si Piccinino se aproximaba á Florencia, positivamente el pueblo, agobiado por los tributos y por la insolencia de los poderosos, se sublevaría contra éstos. Mostrábanle que el acercarse á Florencia era cosa fácil, porque estaba expedito el camino del Casentino, á causa de la amistad que Rinaldo de Albizzi tenía con el Señor de este condado. Tales excitaciones confirmaron al Duque de Milán en el propósito que, sin ellas, ya tenía de realizar esta empresa.

Por su parte, los venecianos, aunque el invierno era rudo, no cesaban de excitar á Sforza para que con todo el ejército socorriera á Brescia, cosa que, según éste, no podía hacerse entonces, debiéndose esperar la primavera, y entretanto reorganizar el ejército, para socorrerla entonces por tierra y agua. Esto disgustaba á los venecianos, que, faltos ya de buena voluntad, hacían con lentitud las provisiones, tanto que de su ejército había desertado ya mucha gente.

XXVII. Todas estas cosas asustaron mucho á los florentinos, viendo que la guerra se les venía encima y que en Lombardia apenas se había conseguido nada de provecho. Contribuían á este temor las sospechas que tenían del ejército pontificio, no porque el Papa fuera adversario de los florentinos, sino por saber que estas tropas obedecían más al patriarca Vitelleschi, encarnizado enemigo de Florencia, que al Papa.



Juan Vitelleschi, natural de Corneto, fué primero Notario Apostólico, después Obispo de Ricanati, y posteriormente Patriarca de Alejandria; pero nombrado Cardenal, se le llamaba el Cardenal de Florencia. Era animoso y astuto, y se gobernó de suerte que el Papa le quería mucho, y le puso al frente del ejército de la Iglesia, dirigiendo todas las campañas que éste hizo en Toscana, en la Romaña y en el reino de Nápoles. Esto le hizo adquirir tanta autoridad con las tropas que, con temor del Pontífice, sólo á él obedecían.

Encontrábase dicho Cardenal con el ejército en Roma, cuando llegó la noticia de que Piccinino quería pasar á Toscana. Esta circunstancia redobló el miedo de los florentinos, pues desde el destierro de Rinaldo de Albizzi, el cardenal Vitelleschi era mortal enemigo del gobierno de Florencia, porque el convenio celebrado por mediación suya entre los bandos de Florencia no fué cumplido, y su intervención resultó en daño de maese Rinaldo, quien, á causa de ella, había depuesto las armas, facilitando así que sus enemigos le desterraran. Los jefes del gobierno temían no poder impedir la vuelta de Albizzi si Vitelleschi unía sus fuerzas á las de Piccinino. Parecía, además, que la inoportuna partida de Piccinino de Lombardía, abandonando una empresa casi terminada, para acometer otra de dudoso éxito, debía causarla alguna nueva alianza ó secreta perfidia.

De estos recelos habían advertido al Papa, quien conocía ya el error de haber dado á otro sobrada autoridad.

Pero mientras los florentinos estaban en esta incertidumbre, la fortuna les mostró la vía para librarse de la malquerencia del Patriarca. Tenía el gobierno de Flo-

rencia agentes diligentísimos en todas partes, encargados de vigilar á los portadores de cartas, enterándose de éstas, por si se tramaba alguna conspiración contra la República. Ocurrió que en Montepulciano cogieron cartas escritas por el Patriarca, sin consentimiento del Papa, á Nicolás Piccinino, y el magistrado que tenía á su cargo la dirección de la guerra las envió inmediatamente al Pontífice. Aunque la letra estaba desfigurada y la redacción fuera tan vaga que no se conocía fácilmente el verdadero sentido, sin embargo, esta misma obscuridad y el ir dirigidas á un enemigo declarado, infundieron tales sospechas al Papa, que determinó asegurarse de la persona del Patriarca, dando el encargo de hacerlo á Antonio Rido de Padua, gobernador entonces del castillo de Sant' Angelo, en Roma, y preparóse éste para cumplir la orden inmediatamente que la ocasión se presentara.

Determinó el Patriarca pasar á Toscana y, queriendo salir al día siguiente de Roma, avisó al Gobernador del castillo que, á la mañana siguiente, estuviera en el puente del mismo, porque, al pasar, le quería decir algo. Juzgó Rido la ocasión propicia, y ordenó lo que debía hacerse. Esperó al Patriarca en el puente que, inmediato al castillo, para seguridad de éste, se levanta ó baja á voluntad, y cuando el Patriarca estuvo sobre él, entreteniéndole Rido con la conversación, hizo señal de que levantarán el puente, y al momento Vitelleschi quedó convertido, de general del ejército, en prisionero del gobernador de Sant' Angelo.

Las tropas que iban con él se inquietaron al principio; pero, sabida la voluntad del Papa, apaciguáronse. Rido animaba con tranquilizadoras frases al Patriarca,



infundiéndole esperanza de mejor suerte; pero éste le contestó que no eran los hombres de su importancia presos para soltarles en seguida, y que los que no merecen ser presos, no merecen tampoco ser puestos en libertad. En efecto, al poco tiempo murió en la prisión.

El Papa nombró general de su ejército á Luis, patriarca de Aquilea; y aunque hasta entonces no había querido intervenir en las guerras de la Liga con el Duque de Milán, mostró deseo de hacerlo ahora, prometiendo para la defensa de Toscana 4.000 caballos y 2.000 infantes.

XXVIII. Libres los florentinos de este temor, les quedó el que les inspiraba Piccinino, y la confusión de los asuntos de Lombardía, á causa del desacuerdo entre los venecianos y Sforza. Para juzgar las causas de esta desavenencia enviaron á Neri de Gino Capponi y á Julián Davanzati á Venecia, comisionándoles también para organizar la campaña del año siguiente, y á Neri para que, después de oír la opinión de los venecianos, viera al conde Sforza á fin de saber la suya, persuadiéndole á hacer lo que fuese necesario á la Liga.

Aun no habían llegado estos embajadores á Ferrara, cuando oyeron decir que Piccinino, con 6.000 caballos, había pasado el Po. Esto les obligó á apresurar el viaje y, al llegar á Venecia, encontraron al Senado deseoso más que nunca de que, sin esperar á la primavera, fuese socorrida Brescia, porque esta ciudad no podía defenderse hasta entonces, ni era empresa fácil la construcción de una flota, y no acudiendo en su auxilio, se rendiría al enemigo, lo cual daría la victoria completa al Duque de Milán, perdiendo Venecia todos sus Estados de tierra firme.

Neri fué de allí á Verona para escuchar lo que Sforza

alegaba en contra, y éste le demostró con fundadas razones que ir por entonces á Brescia era inútil y perjudicial para la empresa futura, porque, atendiendo al tiempo y al sitio, no se haría en Brescia nada de provecho, y en cambio, se desordenaría y fatigaría el ejército, de suerte que, al llegar el tiempo bueno y á propósito para la guerra, tendría que volver con las tropas á Verona para reparar las pérdidas del invierno y proveerse de todo lo necesario á la nueva campaña, consumiendo así en ir y volver todo el tiempo necesario para guerrear.

Habían ido á Verona para tratar este asunto con el Conde, maese Orsatto Justiniani y maese Juan Pisani y, después de largos debates, quedó acordado que, para el año siguiente, dieran los venecianos á Sforza 80.000 ducados y á sus otras tropas 40 ducados por lanza, y que se apresuraría á salir á campaña, atacando al Duque de Milán, á fin de que, por atender á la seguridad de sus Estados, llamara éste á Piccinino á Lombardía. Hecho el convenio, volvieron los comisionados á Venecia, y como á los venecianos pareció la cantidad exorbitante, cumplían con negligencia el compromiso.

XXIX. Entretanto Nicolás Piccinino continuaba avanzando, estando ya junto á la Romaña, y tanto gestionó con los hijos de Pandolfo Malatesta, que abandonaron á los venecianos, entrando al servicio del Duque de Milán. Esto desagradó en Venecia, pero mucho más en Florencia, donde se esperaba resistir á Piccinino en aquella parte, y al ver rebelados á los Malatesti, se asustaron grandemente, por temer que su general Pedro Juan Pablo Orsino, que estaba acuartelado en las posesiones de éstos, tuviera que rendirse, quedando Florencia sin defensa.